

*Entra la ronda con el PAJE de PARIS.*

PAJE.- Este es el sitio; allí donde arde la antorcha.

GUARDIA 1º.- Está el suelo ensangrentado. Recorred el cementerio. Id alguno de vosotros y prended a quienquiera que halléis. ¡Qué desolador espectáculo! ¡Aquí yace asesinado el conde, y Julieta sangrando, caliente y recién fallecida, tras haber estado aquí dos días sepultada! Id en busca del príncipe; corred a casa de los Capuletos; despertad a los Montescos; que algunos otros practiquen indagaciones. Veamos el lugar donde han ocurrido esos desastres; pero cómo se han originado, no podemos saberlo sin conocer las circunstancias.

*Vuelven a entrar algunos GUARDIAS con BALTASAR.*

GUARDIA 2º.- ¡Aquí está el criado de Romeo! Lo hemos hallado en el cementerio.

GUARDIA 1º.- Custodiadle bien, hasta que llegue el príncipe.

*Vuelve a entrar FRAY LORENZO y otros GUARDIAS.*

GUARDIA 3º.- Aquí hay un fraile que tiembla, suspira y llora. Le hemos quitado este azadón y esta piqueta cuando venía de este lado del cementerio.

GUARDIA 1º.- ¡Sospecha grave! Detened al fraile también.

*Entra el PRÍNCIPE con su séquito.*

PRÍNCIPE.- ¿Qué desventura tan madrugadora viene a robarnos el sueño matinal?

*Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y otros.*

CAPULETO.- ¿Qué es eso, que grita la gente en todas partes?

LADY CAPULETO.- El pueblo exclama por las calles, unos «Romeo», otros «Julieta» y otros «Paris», y todos corren con grandes clamores hacia nuestro panteón.

PRÍNCIPE.- ¿Qué terror es ese que causa sobresalto en nuestros oídos?

GUARDIA 1º.- Soberano, aquí yace el conde de Paris asesinado, y Romeo muerto, y Julieta muerta también, caliente y recién matada.

PRÍNCIPE.- ¡Buscad, indagad y descubrid cómo ha ocurrido esta horrenda matanza!

GUARDIA 1º.- Aquí están un fraile y un criado del difunto Romeo, con varias herramientas que llevaban, propias para abrir las tumbas de esos muertos.

CAPULETO.- ¡Oh cielos! ¡Ay esposa! ¡Ved cómo sangra nuestra hija! ¡Esta daga herró su camino, pues, mirad, su vaina está vacía en el cinto de Montesco, y se ha envainado equivocadamente en el pecho de nuestra hija!

LADY CAPULETO.- ¡Ay de mí! ¡Este espectáculo de muerte es como una campana que llama a mi vejez al sepulcro!

*Entran MONTESCO y otros.*

PRÍNCIPE.- Acércate, Montesco, pues temprano te levantas para ver caído más tempranamente todavía a tu hijo y heredero.

MONTESCO.- ¡Ay monseñor! ¡Mi esposa ha expirado esta noche. La pena producida por el destierro de mi hijo cortó su aliento. ¿Qué otros dolores conspiran contra mi ancianidad?

PRÍNCIPE.- Mira y verás!

MONTECO.- ¡Oh tú, descomedido! ¿Qué maneras son esas de precipitarte a la tumba antes que tu padre?

PRINCIPE.- Sella por un momento el ultraje, en tanto aclaremos estas ambigüedades, y sepamos su origen, su causa, su verdadera sucesión, y entonces yo seré caudillo de vuestros dolores y os guiaré hasta la muerte. Calma mientras, y que la desventura sea esclava de la resignación. Que comparezcan ante mí las partes sospechosas.

FRAY LORENZO.- Yo soy la principal, si bien la menos culpable de llevar a cabo semejantes actos. Sin embargo, soy sospechoso en gran manera, toda vez que la hora y el lugar designados para el crimen son contra mí en esa horrible carnicería. Y heme aquí dispuesto a acusarme y defenderme, siendo yo mismo quien se disculpa y condena.

PRINCIPE.- Entonces di en seguida lo que sepas del asunto.

FRAY LORENZO.- Seré breve, pues el corto plazo que me queda de vida no es tan largo como el enojoso relato del suceso. Romeo, aquí muerto, era esposo de Julieta, y ella, ahí difunta, era fiel consorte de dicho Romeo. Yo los casé y el día de su secreto matrimonio fue el último de Teobaldo, cuya muerte temprana fue causa de que el novel esposo saliera desterrado de esta ciudad, por el cual, y no por Teobaldo, padecía Julieta. Vos (A CAPULETO), con objeto de alejar de ella aquel asalto de dolor, la prometisteis al conde de Paris, empeñándoos en casarla con él, contra su voluntad. Entonces vino ella a mí, y con el semblante turbado me rogó que trazara algún medio para librarla de este segundo matrimonio, o, de lo contrario, allí mismo, en mi celda, se daría muerte. Aleccionado entonces por mi experiencia, le di un brebaje letárgico que obró como yo esperaba, pues produjo en ella la apariencia de la muerte. Mientras tanto, yo escribí a Romeo para que viniera aquí esta misma desgraciada noche, con intención de que me ayudara a sacar a Julieta de su falsa tumba, por ser el tiempo en que debería terminar la fuerza del narcótico. Mas el portador de mi carta, fray Juan, se vio detenido por accidente fortuito, y ayer por la noche me devolvió la misiva. Entonces yo solo, a la hora prevista para despertar a Julieta, he acudido a sacarla de la cripta de sus antepasados, con

no de guardarla secretamente en mi celda hasta que hallara yo ocasión de mandar aviso a Romeo. Pero cuando he llegado, breves minutos antes del instante en que despertara ella, yacían aquí muertos prematuramente el noble Paris y el fiel Romeo. Se despertó ella; comencé a instarla para que saliera de aquí y soportase con paciencia este golpe de los cielos; pero en aquel momento se oyó un rumor que me hizo huir sobresaltado del mausoleo. Ella, desesperada en demasía, resistióse a seguirme, y, según todas las apariencias, ha atentado violentamente contra su propia persona. He aquí cuanto sé; y en lo que respecta al casamiento, la nodriza se halla al corriente. De modo que, si en este suceso ha salido mal alguna cosa por culpa mía, sacrificad mi vida, ya caduca, breves horas antes de su fin, bajo el peso de la ley más severa.

PRINCIPE.- Siempre te tuvimos por un santo varón. ¿Dónde está el criado de Romeo? ¿Qué puede manifestar acerca del caso?

BALTASAR.- Llevé a mi amo la noticia de la muerte de Julieta, y al punto, corriendo la posta, vino de Mantua a este mismo sitio, a este mismo mausoleo. Me encargó que de madrugada entregase esta carta a su padre, y en el instante de penetrar en la cripta me amenazó de muerte si no me marchaba y le dejaba allí solo.

PRINCIPE.- Dame la carta; quiero verla. ¿Dónde está el paje del conde, el que llamó a la ronda? Muchacho, dí: ¿qué hacía en este lugar tu amo?

PAJE.- Vino con flores para esparcirlas sobre la tumba de su dama. Me mandó que permaneciese algo distante, lo que hice acto seguido. Inmediatamente llegó un hombre con una luz a abrir el panteón, y un momento después mi amo le acometió con el acero desnudo y entonces salí corriendo a llamar a la ronda.

PRINCIPE.- Esta carta prueba las palabras del monje. Narráronse en ella los incidentes de tales amores, la noticia de la muerte de Julieta, y aquí escribe Romeo que adquirió de un pobre boticario un veneno, con el que vino a este cripta decidido a morir y reposar al lado de su amada. ¿Dónde están esos enemigos? ¡Capuleto! ¡Montesco! ¡Mirad qué castigo ha caído sobre vuestros odios! ¡Los cielos han hallado modo de

destruir vuestras alegrías por medio del amor! ¡Y yo, por haber tolerado vuestras discordias, perdí también a dos de mis parientes! ¡Todos hemos sido castigados!

CAPULETO.- ¡Oh hermano Montesco! Dame tu mano. Esta es la viudedad de mi hija, pues nada más puedo pedir.

MONTESCO.- Pero yo puedo ofrecerte más. Porque erigiré una estatua de oro puro, para que, en tanto Verona se llame así, ninguna efigie sea tenida en tan alto precio como la de la fiel y constante Julieta.

CAPULETO.- Tan rica como la suya tendrá otra Romeo, junto a su esposa. ¡Pobres víctimas de nuestra enemistad!

PRINCIPE.- Una paz lúgubre trae esta alborada. El sol no mostrará su rostro, a causa de su duelo. Salgamos de aquí para hablar más extensamente sobre estos sucesos lamentables. Unos obtendrán perdón y otros castigo, pues nunca hubo historia más dolorosa que esta de Julieta y su Romeo. (Salen.)

BECQUER, GUSTAVO ADOLFO.

Breve la vida de Gustavo Adolfo Domínguez - Bastida, nombre real de Bécquer, oriundo de Sevilla (1836-1870). Huérfano desde los nueve años es recogido, junto con su hermano el pintor Valeriano, por un tío y luego por su adinerada madrina. En 1854 se traslada a Madrid en busca de la gloria literaria; allí lleva una vida dura, de agobiadores trabajos y sin resultados positivos. Una hemoptisis, que lo llevará a la tumba se declara en 1857. Logra el puesto de censor "de novelas" cuando ya han surgido las desavenencias en el seno de su hogar: Casta, hija del médico que le atiende, su esposa, se separa de él, retorna al hogar y vuelve a marcharse poco antes de la muerte del poeta. Frente a Zorrilla, Núñez de Arce, etc., la vida de Bécquer contrasta por su oscuridad y anonimato. Mientras aquéllos asistieron a su propia apoteosis, el inmortal autor de las Rimas vivió retraído en la oscuridad más desesperante.